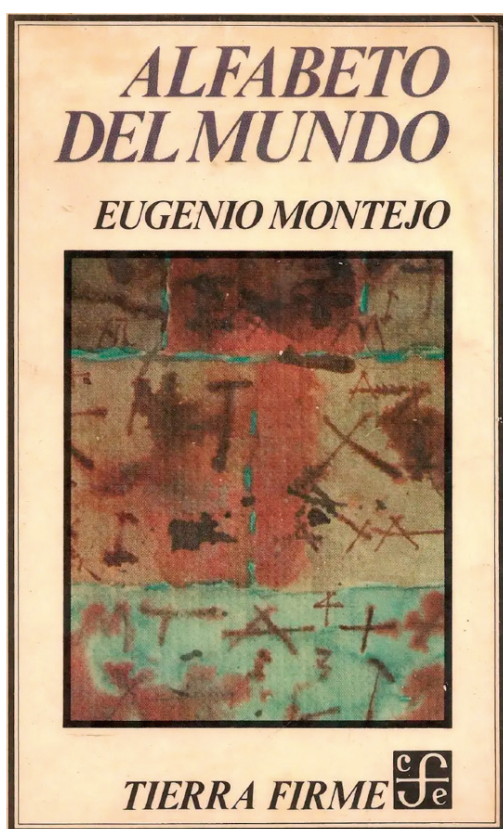


Escuchar el latido del corazón de las piedras: una aproximación a la imagen poética en el libro *Alfabeto del mundo* de Eugenio Montejo

Hernán Augusto Ruíz Rodríguez
Maestría en Pedagogía de la Literatura
CAT Ibagué



Debajo de las calles de cemento caminan las raíces agonizantes de aquellos árboles que ahora son espectros...

Escribo en la piel muerta de los árboles que se fundieron para hacer este papel que con el lápiz sangra. Le hablo a sombras ausentes que acogieron la voz de Eugenio Montejo para levantar su grito. Trato de

*Seré un cadáver como ahora lo soy,
Cavilador, absorto en lo sagrado,
Pero liviano y fácil de llevar:
En una carroza, en un blanco navío,
Con lamento de corno o de fagot,
Al monótono croar de los sapos...*

Salida. **Eugenio Montejo**

encontrar las palabras cansadas de este *Alfabeto del mundo* que me susurró el poeta y que sin pretensiones me dibuja el paisaje ausente del que ahora soy testigo, ese mismo que me recuerda que soy reflejo en esta ventana que me hizo cómplice silente de este ecocidio.

Justo cuando pretendía escribir este texto, me encontré con Eugenio Montejo en la orilla de un estante de la colección de poesía de la biblioteca en la que trabajo. Su libro "Alfabeto del mundo" cayó al vacío y con él, la primera rama que ocasionó un efecto dominó en los árboles del centenario de la ciudad de Ibagué, que al caer dieron muerte a un hombre que caminaba junto a su esposa embarazada y su hijo, ejercitándose por recomendación ya que el nacimiento del bebé estaba fechado para ese mismo día. Quién diría que en ese mismo atardecer se encontrarían la vida y la muerte, además que junto a ellas caería la condena para estos rastros de los años, para estos viejos que aún se resistían al paso del tiempo marcado en su memoria.



Los árboles

*Hablan poco los árboles, se sabe.
 Pasan la vida entera meditando
 y moviendo sus ramas.
 Basta mirarlos en otoño
 cuando se juntan en los parques:
 sólo conversan los más viejos,
 los que reparten las nubes y los pájaros,
 pero su voz se pierde entre las hojas
 y muy poco nos llega, casi nada.
 Es difícil llenar un breve libro
 con pensamientos de árboles.
 Todo en ellos es vago, fragmentario.
 Hoy, por ejemplo, al escuchar el grito
 de un tordo negro, ya en camino a casa,
 grito final de quien no aguarda otro verano,
 comprendí que en su voz hablaba un árbol,
 uno de tantos,
 pero no sé qué hacer con ese grito,
 no sé cómo anotarlo.*



Con una voz pausada, cargada de la brisa de la mañana, junto al canto del gallo y el revoloteo de las aves que se acercan lentamente a las sombras que antes era su hogar, vaga Montejo mientras nos recuerda en sus poemas que todo lo que existe es poesía desata con el viento y trenzada con los bejucos que se aferran a las ramas danzantes de los árboles.

Somos testigos de la muerte. Ella nos mantiene cercanos y nos hace cómplices de sus andanzas. No se necesita una distancia exacta para saber que no podemos medir lo que nos separa de su frío. Montejo abre puertas y las deja colgando de los recuerdos ausentes, aquellos que llegan como detonantes para sacudirnos la mirada y recordarnos que somos ciegos ante el dolor del otro y que tal vez, solo tal vez entre palabras podamos imaginarlo, aunque nos parezca distante: “En la literatura, la respuesta emocional puede dispararse desde diferentes distancias, esto es, podemos internarnos en ella y permitir que nos arrope hasta hacernos olvidar el entorno empírico, pero también podemos perma-

necer distantes, contemplando el espectáculo imaginativo que se ofrece”. Bermúdez Antúnez, S. (2010). No es la mirada la que se distancia de la realidad, es solo la percepción que envuelve la realidad y nos envía señales borrosas que pocas veces reconocemos, pues es más fácil ignorarlas.

La memoria está llena de objetos que nos recuerdan la ausencia. Pequeños detonantes que Montejo evoca y que nos deja en la punta de la lengua para nombrar lo mudo: Incrustados en la temática, encontramos algunos núcleos de significado, objetos privilegiados de la intuición, y que pueden presentarse en los poemas como verdaderas constantes: el caballo, el hogar, el árbol, el pájaro, la casa, el trópico, el río, la ciudad, son algunos de ellos, a los que habría que añadir uno que se da como un trasfondo y por ello resulta más sutil y más específico en la poesía de Montejo: el café, la humeante paila de café que acompaña, en fuerte recurrencia, a la memoria.

Y es entonces el café que carga de sentidos los afectos que nos unen a dichos objetos, esos mismos que ahora ausentes solo nos dibuja imágenes de dolor que no alcanzan a medir las dimensiones del tiempo que ha caído tras los árboles del terraplén del centenario. Imágenes que se borrarán con los años y que no dejarán sino la huella de la sierra y el sonido de los carros que ahora zumban en los oídos donde antes cantaban las abejas.

Acacias

*ESTREMECIDAS como naves,
acacias emergidas de un paisaje antiguo
y no obstante batidas en su fuego
bajo la negra luz de atardecida.*

*Yo miro, yo asisto
a este mínimo esplendor tan denso,
yo palpo
la intermitencia de las arboladuras,
su fuego girante, delirante;
enmarcadas en un éxtasis grave
como desposeídas lanzadas al abismo,
así de grande,
en un follaje poblado de sombras agitadas,
las miro
frente a la piedad de mis ojos
bajo los huracanes de la Noche.*

No hay cuerpos que dancen ante los huracanes de la noche. Ha quedado inmóvil el marco que antes se tensaba resistiendo el bamboleo de los viejos samanes. Montejo nos dibuja, nos comunica y deja entre el silencio y el ruido. Ya no se escucha el crujir de las semillas que desnudan las ardillas intentando encontrar el corazón del samán. Tras la memoria del muerto escupen cadáveres de hermanos, hijos, abuelos, esposos, como lo dice en su poema “Elegía a la muerte de mi hermano Ricardo”:

*MI HERMANO ha muerto, sus huesos yacen
caídos en el polvo. Sin ojos con qué llorar,
me habla triste, se sienta en su muerte
y me abraza con su llanto sepultado.*

Encuentro que la poesía de Montejo también es fúnebre, poco lúcida para este mundo, porque hay que estar alejado de un estado mental salubre, para caer en el desquiciamiento de convertirse en un asesino: “Las emociones se experimentan como un tipo de característico de estado mental. Con frecuencia tales estados mentales vienen acompañados de cambios corporales, expresiones faciales, acciones, etcétera”. (Bermúdez Antúnez, S., 2010).

Un cuerpo sin formas, destrozado por manos cubiertas con guantes para evitar daños corporales mientras se alimenta el odio. Una mesa servida frente a cuerpos protegidos para evitar el roce de las astillas que salen de los huesos mientras la sierra rebana el cuerpo que ahora será expuesto como trofeo para servir otras mesas de hombres que no tienen saciedad alguna.

Mienten esos rostros que hablan de entender el dolor del otro. Son ajenos a su piel, se disfrazan tras la piedad para calmar la voz interior que les



reclama. Prefieren la luz porque le temen a la noche, porque en el fondo huyen de sus propias muertes. Velan un muerto del que tienen pedazos incrustados en los diarios en los que plasman su miseria. Es su experiencia la que evocan porque no encuentran nada que puedan decir ante tal dolor: “En el ámbito literario, las emociones sólo han sido convocadas para tratarlas desde el asunto de la experiencia íntima que provoca en cada lector”. (Bermúdez Antúnez, S., 2010).

El poeta remueve la tierra enterrada y saca a luz la muerte para asustar a los que huyen de las sombras. En el espectáculo de la experiencia muchas voces solo escupen lástima.



No soy familia de esos árboles

*No soy familia de esos árboles
que avanzan de muletas en su verdor
al patio de internado. Me toman
sin conocerme. Posan en mis cabellos
el compasivo silencio de sus ramas
y aguardan. Mi preceptor espía el fondo
de mis pasos como hurgando una sal
de placenta que me recoja. Ya nadie viene.
Ni madre que me conduzca por el río
de su sangre. Ni la buena pestaña
que se lleve mis ojos. Hastiada la cabeza
se me hunde en el plumón de las costillas.
Ya no se irán de mí los filos espoleantes
con que muerde está acera. Los clavos
de esas raíces me dejarán aquí
para siempre. Aunque abra la ventana
de casa y crezca lejos, aunque pague
con oro de mi infancia una culpa inocente,
ya no podré zafarme. Y si corro
hacia mi vida, hacia mi muerte,
el preceptor saca la lengua precisa
y con su astucia de sapo me captura.*

Pasan días y ya no se escuchan las voces que alentaban la protesta. Se ha actualizado el perfil del asesino, dejando en el pasado la evidencia mientras las ruinas siguen esperando la justicia.

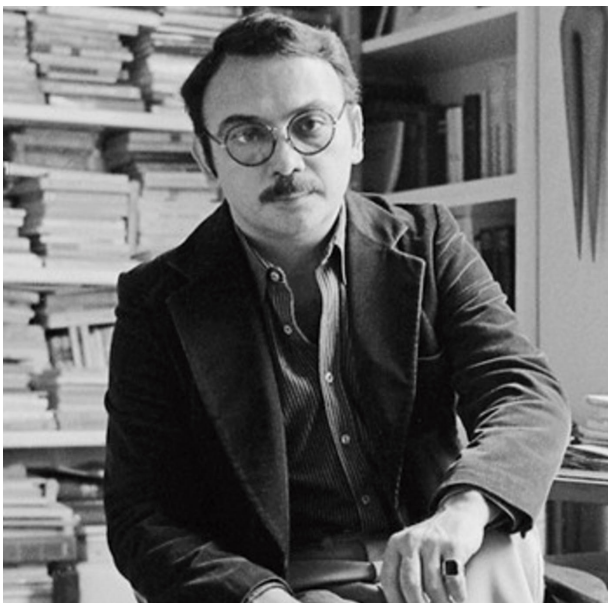
Pero, ¿Qué más se podría esperar Montejo de los ciegos que visitan el terraplén del parque Centenario de la ciudad de Ibagué?, ¿Ante quién pondrían la queja las viejas zarigüeyas que migraron?, ¿Dónde podrán adherirse las orquídeas y los no me olvides? El malestar no es propio de una época en particular, en guerra vive el hombre, lo que varía y la hace más o menos grave es la cantidad de muertos que la pulsión de muerte va dejando a su paso. “Entonces los tiempos menesterosos parecen estructurales, la crisis y la angustia, son constitutivas de la vida humana como también lo es negarlas, y maquillarlas con delirantes e ilusas ilusiones de paz y felicidad”. (Celis, C. 2016, p. 3)

No puede haber tranquilidad en la conciencia del asesino, no es algo que le preocupe al que tomó la foto y la publicó para hacerse merecedor al puesto de mártir. No hay compasión en el hombre que alejado de las sombras se piensa libre de sí mismo. De nuevo la poesía nos condena:

Pueblo en el polvo

*Estas calles oblicuas dan al polvo,
estas casas sin nadie se disuelven
en áspera intemperie
y piedras de sombra.
La luz derrumba las paredes
con bultos de esfuminos blancos.
Flotan remotos ecos
de veladas y restos de charlas.
Todas las puertas tienen ojos
y pestañas de adormideras.
Se repliegan al tacto
bajo el estruendo de los techos.
Por los solares juegan unos niños
en sus coros de ausencia.
Juegan a que están vivos todavía,
a que nunca se fueron.*

Montejo no se queda con nada. Se ha levantado del abismo para ponerse al frente de la colección de poesía. Su libro ya no está en la orilla, ha quedado abierto parado en la misma ventana donde antes estaba yo. “La emoción literaria es la impronta sensitiva con la cual se conecta el lector, producto de su reconocimiento y de su apreciación en la obra literaria como un acto intencional del autor”. (Bermúdez Antúnez, S. 2010, P. 159)



Nos ha dado las palabras para nombrar al asesino, nos ha dado la confesión y el pecado, nos ha mostrado la serpiente que coquetea en el paraíso, mientras hombres lamen los pedazos envenenados de la manzana que Adán dejó para ir a comer en la mesa que ahora adorna el restaurante al que llamaron samán, ese mismo en el que comen la amarga savia que como sangre acompaña sus mejores recetas.

Debo estar lejos

*Debo estar lejos
porque no oigo los pájaros.
Me ha extraviado la tarde en su vacío,
he recorrido esta ciudad
de voces extranjeras
sólo para advertir cuánto dependo
de sus cantos,
y cómo sus silbas gota a gota
se mezclan en mi sangre.
Debo estar lejos
o los pájaros habrán enmudecido
tal vez adrede,
para que su silencio me regrese
y mis pasos remonten las piedras
en esta larga calle,
hasta que vuelva a oídos en el viento
y el migratorio corazón se me adormezca
debajo de sus alas.*

Soy extranjero en esta tierra de nadie. Montejo se ha llevado mi paisaje junto a los lamentos de los árboles que antes adornaban mis amaneceres y me refugiaban en la noche. La biblioteca parece un cementerio en la que el calor va secando las flores de las tumbas y las hojas de los libros se han llenado de lágrimas ante uno más que desaparece. Ya no quiero que mis palabras te nombren Montejo, deja que tu voz pinte el último poema en homenaje a estas calles que han perdido lo poco de vida que aún tenían...

Lamento de paisajes

¿De qué paisajes hablo, de cuáles ríos?
 Vivo envuelto en asfalto de estas calles,
 mis ojos se fatigan de mirar edificios.
 El río es una vocal extraña en mis palabras,
 temo que desaparezca.
 Me he habituado a nombrarlo sólo por metáfora.
 La soledad de la línea recta
 nivela mi casa, el cuarto, la ventana.
 Las visiones rebotan en los muros,
 estoy rodeado de piedras por todas partes.
 Voy arrastrando a diario mi ciudad
 como un asno su amarga carreta.
 Avanzo. Dejo que crezcan las torres,
 el humo, las paredes interminables.
 Mi paisaje es el último grito,
 ya muy lejos, de un gallo
 que se borró de estas sordas madrugadas.

Se han secado mis palabras y mis dedos sudan savia.
 Levanto la voz de aquella ave que se estrelló frente
 a la ventana de la biblioteca, tras la ilusión que le
 produjo ver el reflejo de aquellos samanes que aún
 conservaba en su memoria y que la hizo morir como
 a los viejos samanes desangrados...

Un samán

Un samán ya viejo verdea y monologa:
 -solo, sin dar un paso,
 en los anillos de mi cuerpo.
 anoté mis vueltas al sol de la tierra.
 Se movió el mundo, no mis ramas;
 me quedé tenso ante los días
 como un volatinero.
 Oí muchos pinos hablar de la nieve
 pero no envidié al. haya, 'al abedul
 que pueden conocerla.
 Estoy donde los vientos me dejaron
 sin renegar mis dioses,
 junto a las mansas reses que cobijo
 en la intemperie.
 Jamás he visto un ruiseñor,
 amé otros pájaros,
 cuidé sus nidos inocentes.
 Crecí a la lenta luz del trópico
 mirando las iguanas atar el arco iris
 a mi corteza.
 Con las últimas hojas me ilumino
 levitando en el verde.
 Quise ser lo que soy: un samán de estos campos;
 que el leñador disponga de mis ramas
 para su buena lumbre.
 Ya no temo los fuegos.

Referencias bibliográficas

Bermúdez Antúnez, S. (2010). *Las emociones y la teoría literaria: Un encuentro enriquecedor para la comprensión del texto literario. En-claves del pensamiento*, 4(8), 147-167.

Celis, C. (2016). *¿Y para qué poetas en tiempos del malestar? A propósito de Hölderlin y la esencia de la poesía de M.*

Heidegger. *La Tercera Orilla*, (17).

Montejo, E. (2014). *Alfabeto del mundo. Fondo de Cultura Económica.*